

ción, y esta desolación durará hasta que la destrucción se arroje sobre la devastación».

Tal vez no hay profecía más atrevida y precisa entre todas las profecías que ésta.

Unos 454 años antes de Jesucristo, es decir, 484 años antes de que Jesucristo apareciese en su vida pública, y lo que es lo mismo, setenta semanas de años antes de la salida del Mesías al Jordán, dió el Rey Artajerjes un decreto permitiendo a Nehemías levantar la ciudad y los muros y la plaza.

En esto se debieron emplear las siete primeras semanas de años.

Pasados éstos y otras sesenta y dos semanas de años, se presentó en público el Mesías, y pasados tres años, o tres y medio, en medio de la última semana de las setenta, fué muerto el Cristo, y dejó de ser su pueblo el que lo negó, y se confirmó el pacto y testamento nuevo para muchos, es decir (pues este es el lenguaje de la Escritura), para el universo mundo.

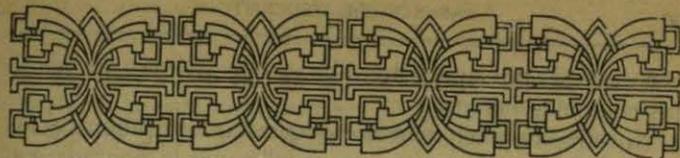
En medio de esta semana dejó de valer la hostia y sacrificio de la ley antigua.

Y poco después el pueblo romano acaudillado por Tito, disipó la ciudad y el templo, y después del fin de esta guerra vino la desolación decretada por Dios.

14. ESPERANZAS MESIÁNICAS POPULARES

Con todas estas profecías ¿qué maravilla que el pueblo de Dios conociese al Ungido, al Cristo, al Mesías antes de que naciese? Aún no había venido al mundo, pero ya vivía el Redentor vida ilustre en la imaginación que lo pintaba con las imágenes de los salmos y de los profetas, en la mente que lo figuraba con la verdad del Espíritu Divino y en el corazón que lo amaba tal vez más antes de haber venido, que lo que aquel pueblo prevaricador lo amó después de venir.

Porque, como dice San Juan, «vino a los suyos», vino a aquel pueblo, al que había hecho suyo para nacer en él y honrarlo con su nacimiento, y «los suyos no lo reconocieron!...»



INFANCIA DE JESUCRISTO

15. LOS PADRES DE JESÚS

POCAS noticias nos da la Sagrada Escritura de los padres santísimos de Jesús.

En cambio hay otros libros, los Evangelios Apócrifos que nos dan muchas noticias acerca de lo que falta en los Evangelios verdaderos y canónicos, en especial acerca de la Virgen María, de San José y de la infancia de Jesús.

Porque sucedió por una parte que, como los Evangelios inspirados por Dios apenas dicen nada de José y María, y solo muy poco de la infancia de Jesús, los fieles estaban ávidos de saber esto que ignoraban; y como suele acaecer en estos casos, no faltaron quienes con el deseo de satisfacer esta curiosidad, compusiesen novelas y ficciones acerca de José y María y de Jesús mismo, llenas de fantasías y mentiras, que, si en algún tiempo fascinaron a algunos crédulos, entre ellos a algún Padre de la Iglesia, pero por casi todos los fieles fueron despreciadas y siempre por la Iglesia repudiadas.

Y sucedió también por otra que los herejes, y sobre todo los gnósticos, deseosos de autorizar sus errores con la persona de Nuestro Señor, también compusieron libros a semejanza de los Evangelios verdaderos, en los que ponían en labios de Jesucristo y del Padre sus sentencias heréticas y doctrinas anticristianas que querían introducir.

Mucho más que aquellos anteriores, que al cabo no eran sino ficciones y mentiras, la Iglesia y los Padres rechaza-

ron desde el principio estos libros, que además de mentiras contenían herejías.

Nosotros también debemos despreciar los primeros y los segundos y contentarnos con aquello que la Sagrada Escritura, o los Padres fundados en legítimas tradiciones nos dejaron saber acerca de los padres de Jesús y de Jesús mismo.

16. MARÍA

Dulce nombre, nombre adorable, nombre lleno de esperanzas. Entre las mujeres notables del Antiguo Testamento, a pesar de ser un nombre tan hermoso, sólo lo llevó la hermana de Moisés, y quizás debe su origen al Egipto, de donde lo sacó aquella egregia cantora de la libertad de Israel en su salida para la Tierra de promisión.

Significa según unos Mar amargo, Señora del mar y Gota del mar, Mirra olorosa. Según otros Esperanza, o Excelsitud, o Señora, o Regalo, o Iluminadora. En fin, según los más acertados o significa *Hermosa, Graciosa*, si viene este nombre del Hebreo, o si se deriva del Egipto, *Querida de Jehová*.

Todo lo fué la Virgen santa. Mar amargo de dolores, Señora del mar del mundo tempestuoso, Gota purísima del mar incorrupto de la gracia de Dios, Perfume suavísimo e incorrupto del cielo y de la tierra, Esperanza nuestra, gran Regalo del cielo, Iluminadora de nuestras tinieblas y sobre todo Hermosa y hermosísima, Querida y queridísima Madre de Dios y Madre nuestra.

Ya mucho antes de nacer la habían visto los profetas.

Como místicamente interpretan los Padres, Moisés la vió en la zarza que ardía sin quemarse, figura de esta preciosa Virgen que había de ser madre sin dejar de ser virgen.

Gedeón la vió en el vellón de lana inmaculada, que tendido en el campo, una noche por milagro de Dios quedó preservado de la rociada que cuajó en todo lo demás del suelo, y a la noche siguiente quedó empapado él solo de la rociada mientras todo el campo a su alrededor quedó enjuto. Cuando rociaba el pecado, la Virgen quedaba intacta, en cambio cuando después rociaba la gracia, la Virgen quedaba de ella empapada.

Salomón la vió en la fuente sellada y en el jardín cerrado, y en la Sabiduría divina.

Mucho mejor la vió Adán en aquella mujer que con su Hijo Divino había de quebrantar al dragón infernal la cabeza, sin que él pudiese otra cosa que acechar a su talón.

Pero quien con toda propiedad la vió fué Isaías en la célebre visión de la Virgen-Madre de Emmanuel.

Había el profeta Isaías profetizado a Acáz la victoria de Judá contra los Reyes de Siria y de Israel, y le había intimado cómo por la fe de las divinas promesas aquel reino de Judá tan postrado entonces triunfaría de sus enemigos coligados.

Callaba soberbio el incrédulo e irreligioso Acáz, como quien dudaba.

Entonces Jehová hizo hablar así a su Profeta:

«—Rey, pide un milagro, baja a lo profundo de los abismos o sube a lo alto de los cielos y pide lo que quieras, para que veas ser verdad lo que te digo.

»—Oh!—dijo hipócritamente humilde Acáz.—No voy yo a pedir milagros, no voy yo a tentar a Dios».

Entonces irritado el profeta de aquella falsa humildad y religión, dijo inspirado:

«—Oíd, familia de David. ¿No os basta ser importunos y molestos a nosotros los hombres, sino que también lo queréis ser a mi Dios? Pues bien, ya que vosotros no queréis pedir la señal y el milagro, el mismo Señor os la dará. Una Virgen concebirá y parirá un hijo y lo llamará *Manuel (Dios-con-nosotros)*».

Preciosa visión y profecía entre las más preciosas de los antiguos profetas.

Cuando se cumplía la plenitud de los tiempos designada por Dios para la venida del Mesías, y llegaban a su término las semanas de Daniel, la casa de David estaba tan postrada, que parecía un tronco sin ramas, y casi enterrado por las ruinas amontonadas sobre él por las tempestades. Pero, también lo había predicho Isaías: «De este tronco de David—que parecía condenado a esterilidad y fuego—brotará una ramita, y de sus raíces saldrá un pimpollo. Y descansará sobre él el espíritu de Jehová».

Esta ramita brotaba ya al nacer María, y se acercaba la

primavera dichosa en la que iba a florecer «el pimpollo de David, que según el mismo Isaías, sería buscado por todos los pueblos».

Nació María de la tribu de Judá y de la familia de David...

Sus padres según la tradición se llamaron Joaquín y Ana.

Dos genealogías de Jesucristo nos presenta la Sagrada Escritura. Una San Mateo en el capítulo I, y otra San Lucas en el capítulo III. Los más creen que ambas son de San José, que al fin y al cabo, pública y legalmente era el verdadero padre de Jesús. Algunos, sin embargo, creen que San Lucas pone la genealogía de Jesús por la Santísima Virgen y San Mateo por San José.

Si es verdad esto, el padre de la Virgen Santísima se llamaba Helí.

En efecto, dice este Evangelista describiendo la genealogía de Jesús, que «Jesús, hijo, según la opinión común, de José, era descendiente de Helí, de Mattat, de Leví», etc., y va así enumerando todos los ascendientes de Jesús por parte de su madre. Y como era hijo de madre sin padre, por eso en la genealogía en que solo se ponían nombres de varones, pone como el varón más inmediato a Jesús al padre de María y abuelo de Jesús, que era Helí. También los rabinos afirmaban que María era hija de Helí. Y muchos, para conciliar las dos cosas, piensan y es probable que Helí es una abreviatura de Eliaquin, y que Eliaquin era lo mismo que Joaquín. O tal vez, piensan otros, (y también esto es probable) que el padre de la Virgen tuvo los dos nombres, y se llamaba Helí-Joaquín.

Parece que San Joaquín y Santa Ana habitaban en Jerusalén y en una casa que San Sofronio llama «la probática Piscina en que la ilustre Ana engendró a María». Lo confirma San Juan Damasceno y otros muchos autores después; porque, según parece, la casa de Santa Ana distaba muy poco, solo treinta metros de esta piscina de Betesda en la que después veremos a Jesucristo sanar a un paralítico. Y aunque muchos creen que la Virgen, así como vivió en Nazaret, nació en Nazaret también, sin embargo es mucho más probable que su nacimiento ocurrió en Jerusa-

lén en esta misma casa, donde después por este motivo se edificó un templo, que al principio se llamó de *Santa María de la Natividad* y más tarde de Santa Ana.

Allí fué concebida María sin pecado original, y enriquecida desde su primer instante con un sin número de gracias y dones altísimos de santidad, tales que ya desde el principio y desde el primer momento fué mayor la santidad de la Virgen que la que ningún bienaventurado ha tenido al fin de su vida y tiene ahora en el cielo. Y aun hay autores que aseguran que la Virgen desde su primer momento fué ella sola más santa y tuvo más gracia que juntos todos los ángeles y santos en el fin de sus carreras.

De todos modos, como Dios la preparaba para madre suya, la adornó con singularísimos privilegios, incomparablemente mayores que los que dió jamás a ningún hombre, ni a nuestros primeros Padres. Entre otros, la dotó del don de la impecabilidad más perfecta que puede tener ninguna criatura y de los auxilios más especiales para merecer que se ha concedido a ningún santo.

Nació, pues, según más probable parece, Santa María en Jerusalén, si bien los apócrifos aseguran que en Nazaret. San Damasceno, que en muchas cosas les hizo más caso de lo que merecen, en esta se apartó de ellos. Por lo cual es más válido su testimonio.

Dice el evangelista San Juan que tuvo una hermana, la que estuvo junto a ella en la Cruz, y se llamaba María y era esposa de Cleofás. Bien puede ser que fuese hermana carnal, hija también de Joaquín y Ana, pero más probable es que no fuese sino hermana política, o porque Cleofás, con quien estaba casada, era hermano de San José o porque ella misma era hermana de San José; porque ciertamente parece algo difícil que en una misma familia hubiese dos hermanas del mismo nombre de María.

Difícil es asegurar nada cierto de la juventud de la Virgen, a pesar de que los apócrifos y algunos autores guiados por ellos nos cuentan varias cosas.

La Santa Madre Iglesia celebra la fiesta de la Presentación, con lo cual nos da a entender que, si no por obligación, pues solo estaban obligados a ser presentados los primogénitos varones, por devoción de sus padres y pro-

videncia de Dios, la Virgencita María fué presentada y consagrada a Dios en el templo, tal vez como lo eran otras niñas de padres devotos.

También cree la Santa Iglesia que muy jovencita aún hizo voto de castidad. Que lo hizo, además de ser constante y general creencia de la Iglesia, parece bien claro por aquella pregunta que dirigió al arcángel: «¿Cómo podrá ser eso que dices, si yo no conozco varón?» Porque si no hubiera tenido este voto de no conocerlo nunca, la respuesta hubiera sido muy sencilla en el Angel, y la pregunta no muy discreta en la Virgen.

Creen algunos que fué educada en el templo. Esto si se entiende con rigor, viviendo como interna dentro de las habitaciones del templo, es muy difícil de creerse porque no se halla vestigio ninguno de que jamás las niñas judías se hubiesen de esta manera educado en el templo. Pero aunque no de este modo como colegiala interna, sí se puede creer que María pasaría muchos ratos en el templo aprendiendo la ley y orando en la presencia del Señor, y que de ella se podría decir con mucho mayor razón lo que de Ana la profetisa decía San Lucas, que «no se apartaba del templo, y daba culto a Dios día y noche». La casa de sus padres distaba muy poco del templo, casi estaba pegada a él, separada únicamente por el estanque de Betesda. Seguramente que de ella pasaría la Niña María muchísimas veces a las salas que en el templo estaban destinadas al pueblo.

No sabemos cuándo, pero ciertamente María pasó a vivir a Nazaret, sea a la muerte de sus padres, sea con ocasión de sus desposorios, como luego veremos.

17. JOSÉ

(Mt. I.)

José era otro descendiente oscuro de David, ramito imperceptible de aquel árbol magnífico, entonces casi del todo desmochado.

San Mateo nos cuenta su nobilísima alcuernia.

Hijo de Jacob podía presentar en las listas oficiales de su genealogía entre sus abuelos a Zorobabel, a David, a

Judá, a Jacob, a Isaac y a Abraham. Era paisano de Nazaret y en aquella aldea pasaba la vida como un humilde artesano.

No nos dice el Evangelio el arte u oficio que ejercía. La tradición le atribuye el oficio de carpintero, y San Justino, que es muy autorizado por su antigüedad, lo afirma así en sus diálogos con Trifón.

Tampoco de él podemos asegurar casi nada fuera de lo poco que nos dice la Sagrada Escritura. Era, según dice San Mateo, un varón justo, un hombre honrado, religioso, santo, que en posición y en otras condiciones humanas y sociales igualaba, lo bastante para poder casarse con ella, a María, la hermosa hija de Joaquín y Ana.

Es un error el de algunos escritores, y sobre todo artistas, el figurarse a San José mucho más anciano que María. Y aun no ha faltado quien creyó que era viudo. Son ficciones de los apócrifos, seguidas sobre todo por San Epifanio, que afirma que José se casó a los ochenta años, y murió a los noventa y dos: no es creíble tal cosa.

18. LOS DESPOSORIOS

(Mt. I.)

Aún jovencita debió venir a Nazaret la Virgen.

José, joven también, buscaba compañera digna de su virtud y de su vida. Era costumbre de las jóvenes Israelitas salir vestidas de blanco dos veces al año a las viñas y danzar en corros alegres cantando regocijadas aquellos consejos del libro de los Proverbios de Salomón: «Oh jóvenes, miradnos y elegidnos bien. No os fijéis en la hermosura, mas consultad a la familia. Porque la gracia es engañosa y la hermosura es vana. La mujer que teme a Dios esa es digna de alabanza».

Si José oyó alguna vez a estas amables cantadoras y meditó en su cantar prudente, de seguro que al ver a aquella Virgencita venida de la ciudad, que reunía en sí la gracia y la prudencia ciudadana, con el candor y modestia de la aldea, hija de su misma tribu de Judá y descendiente de su mismo abuelo David, de quien era una gran espe-

ranza el descender, cayó en la cuenta de que ella era la mujer fuerte de los Proverbios a quien aludían las niñas de su pueblo en sus corros, y determinó elegirla; tanto más cuanto que al temor de Dios y a la virtud celestial unía la gracia y pureza de los ángeles.

De una o de otra manera, sin duda ninguna por especialísima providencia de Dios, y también por inclinación amiga del corazón, José vió en María la joven virginal, piadosa, honrada, diestra, que, aunque de condición humilde, le convenía y conformaba del todo con sus aspiraciones, y la pretendió por esposa.

María correspondió a su afecto, porque conoció en José al varón justo y casto, y sea por luz natural, sea, como sin duda ninguna creo, por especial ilustración del cielo, vió en él el hombre más apto para guardar su castidad, según el voto que ella había hecho, y quizá en sus tratos y conversaciones se lo propuso ella a él ingenuamente desde los primeros días.

Cuando San José dudó si casarse definitivamente con la Virgen o abandonarla, como luego diremos, Dios le envió un ángel que le dijo: «No temas recibir a tu esposa, porque lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo». ¿No es también creíble que a la Virgen María se le dijese también de una o de otra forma antes de casarse: «No temas recibir a José por esposo, porque él respetará tu virginidad?» Así lo creo.

Lo cierto es que José se desposó con María. Pero conviene saber lo que entre los judíos significaban los desposorios y cómo se hacían, según costumbres que habían adquirido casi fuerza de ley, y a las que se sujetarían regularmente San José y la Virgen.

Hecha la elección, el joven, que había de contar por lo menos dieciocho años, se dirigía por sí mismo, o más bien por sus padres, a los padres o parientes de la joven, que había de tener doce por lo menos. Si su petición era aceptada, entonces los padres o parientes del joven presentaban la dote o el *mohar* como regalo a los padres de la elegida, para que se la concediesen. Pedían entonces el consentimiento a la joven, y obtenido éste se celebraban algunas fiestas o festines, se cambiaban algunos regalos,

se prestaban algunos juramentos y quedaban unidos los jóvenes por el *desposorio*.

Pero el desposorio entre los judíos era un lazo mucho más estrecho que entre nosotros. En virtud de él los jóvenes se pertenecían y estaban tan indisolublemente unidos como los casados. Los desposorios constituían un contrato tan inviolable como el mismo matrimonio.

Sin embargo, hasta que se celebrase el matrimonio verdadero, los esposos moraban separados cada uno en su casa y de ordinario sin comunicarse por sí mismos, sino por intermediario de otro, que era llamado el «amigo del esposo».

En este estado permanecían durante doce meses más o menos, según la costumbre, los esposos, sea para que la joven preparase su equipo, sea por otras razones más serias y graves, como el que aprendiese todo aquello que para regir una familia se necesita.

Así estaba desposada, y aún no casada María, cuando el ángel vino a anunciarle la Encarnación del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas.

19. LA ENCARNACIÓN

(L. 1,26.—J. 1,14.)

«Flor de la Galilea» llama a la aldea de Nazaret San Jerónimo, y flor parece significar el mismo nombre de la villa dichosa, y flor dicen que es su hermosa campiña.

En primavera sobre todo es un jardín no interrumpido sembrado de infinitas anémonas y tulipanes, iris, escabiosas y ranúnculos escarlatas, ni más ni menos que nuestros campos de cabezuelas azules y amapolas rojas. Magníficas higueras y fecundos datileros coronan las multiplicadas terrazas en que está escalonado, sostenido por tapias, el terreno en toda la cuesta, en que como en una concha está reclinada la pintoresca villa. Más aún que florido, era este rincón apacible retiro separado, por las colinas que lo circundan, del camino que pasaba por la llanura de Esdrelón, y del bullicio y movimiento comercial del mar de Tiberiades.

A pesar de toda su amenidad y dulzura, sea por su oscu-

ridad, sea también por los defectos de sus habitantes, era tan despreciable esta villa, que cuando San Felipe dijo a Natanael que había encontrado al Mesías y que este era Jesús hijo de José el de Nazaret, le dijo Natanael sorprendido: «De Nazaret? Pues acaso puede salir cosa decente de Nazaret?»

Allí en una casita José y en otra María vivían separados, preparándose al día de su unión definitiva en un hogar y en una familia. ¿Qué hacía María? En su casita pequeña, adosada como otras muchas, a la roca y unida por un paso a una gruta de esta roca que servía también de habitación, pasaba su vida tranquila ocupada en los quehaceres de casa. Ella misma, según tradición y toda verosimilitud, iba por agua, lavaba y hacía todos los arreglos domésticos.

Era un día de primavera, el más feliz que ha habido en la tierra. Estaba María en su casa cuando, según nos cuenta el Evangelista San Lucas:

«Fue enviado el ángel Gabriel por Dios a la ciudad de Galilea que se llama Nazaret, a una virgen desposada con un hombre que se llamaba José descendiente de David. La virgen se llamaba María.

»Entró el ángel a donde ella estaba y dijo:

»—Salve, llena de gracia. El Señor es contigo. Bendita eres más que todas las mujeres.

»Al oír esto se turbó por tales palabras, y se quedó pensando a qué vendría tal saludo».

Era natural que se turbase la Virgen y suspendiese, pues no preveía ni a qué venía el ángel, ni porqué le dirigía aquellos saludos tan extraordinarios.

«Entonces le dijo el ángel:

«—No temas, María. Porque has encontrado gracia delante de Dios. Tú vas a concebir en tu seno y a dar a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será reconocido por Hijo del Altísimo, y le dará Dios Señor el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y no tendrá fin su reinado».

Era esta embajada una magnífica síntesis de todas las profecías mesiánicas. No cabía dudar que el ángel al referirse al hijo que había de nacer se refería al Gran Rey es-

perado y ansiado de los judíos, al Gran Prometido en todas las Escrituras, al Gran Profeta de Moisés, al Gran Heredero de David, al Cristo, al Mesías, y, por si no estaba bastantemente revelado en las antiguas escrituras que este sería Hijo de Dios, al Emmanuel, al Hijo del Altísimo que iba a hacerse hombre.

Estupendo debió ser en María el sobrecogimiento ante esta proposición tan maravillosa, cual ninguna mujer jamás había recibido. Pero sin dejarse llevar de ningún trasporte ni entusiasmo, sólida en su humilde sencillez y prudencia reflexiva, dijo al ángel:

«—Y cómo se hará esto, siendo así que yo no conozco varón?»

No era sola admiración, no era curiosidad imprudente, no era duda de que así lo pudiese hacer Dios Todopoderoso, ni mucho menos era discusión con el ángel. Era sencillamente discreción y prudencia de quien deseaba saber cómo se verificaría una maravilla tan estupenda.

En esta pregunta al mismo tiempo indicaba cómo había hecho voto de castidad, pues como dicen los Padres, si no lo hubiera hecho no hubiera dicho esto, y mucho menos estando ya desposada.

«Respondióle el ángel y le dijo:

»—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Y por esto lo Santo que nacerá de ti será reconocido por hijo Dios. Y mira, Isabel tu pariente también ella ha concebido un hijo en su vejez, y este es el sexto mes de esa a quien tienen por estéril; porque para Dios ninguna cosa es imposible.

»Dijo entonces María:

»—Yo soy una esclava del Señor; hágase en mí según tus palabras.

»Entonces se fué de ella el ángel».

¡Oh Virgen admirable! qué prudente, qué humilde, qué dulce y sublime serenidad y sencillez en el más importante suceso de la humanidad!

Quedó sin duda ninguna María en silencio y adoración! Bajó el Espíritu Santo, la virtud del Altísimo extendió sus alas sobre aquella azucena purísima de Nazaret, y mientras el mundo rodaba indiferente por sus caminos, «*el Verbo se*

hiso carne, y empezó a habitar entre nosotros» y como dice muy bien el Catecismo del P. Astete, «en las entrañas de la purísima Virgen María formó el Espíritu Santo de la purísima sangre de esta Señora un cuerpo perfectísimo; crió de la nada un alma y la unió a aquel cuerpo; y en el mismo instante a este cuerpo y alma se unió el Hijo de Dios, y de esta suerte el que antes era solo Dios, sin dejar de serlo, quedó hecho hombre».

Aquel, de quien en el primer capítulo de esta historia decíamos que vivió vida eterna de Dios en el seno del Padre sin madre, comenzó a vivir vida humana en el seno de la Madre sin padre, hecho hombre el que desde la eternidad era Dios.

Si toda la vida estuviésemos meditando este misterio no lo profundizaríamos sino superficialmente. Si todos los momentos de ella estuviésemos dando a Dios gracias de un favor tan grande no cumpliríamos con una mínima parte de lo que merece. Si con todos los afectos y facultades de nuestro ser rindiésemos culto a este Verbo encarnado no haríamos nada.

Dice muy bien la Iglesia en el *Tedéum*, y lo debemos decir admirados nosotros:

«Tú eres rey de la gloria, Cristo; tú eres Hijo sempiterno del Padre. Y sin embargo para librar al hombre no te horro- rízaste de entrar en el seno de una Virgen!...»

20. CONCEPCIÓN DEL PRECURSOR

(L. 1,5...)

Al anunciar Gabriel a María la Encarnación del Hijo de Dios, le había dicho como noticia agradable y como prueba de lo que le decía, que también su prima Isabel había concebido un hijo. Isabel era, como dice San Lucas, de la familia de Aarón. Pudo sin embargo ser pariente de María, aunque ésta era de la tribu de Judá. Porque los levitas tenían permiso para tomar esposa de cualquiera tribu, por lo cual pudo muy bien el abuelo de Isabel tener una mujer de la tribu de Judá, pariente de los padres de María.

Y ¿qué había sucedido a Isabel?

Era en tiempo de Herodes. Época triste por cierto para

los judíos. Este príncipe Idumeo, que por medio de los Romanos había obtenido el trono de Judea, por más que había restaurado espléndidamente el templo queriendo captarse la benevolencia de los judíos, nunca logró librarse de la nota de usurpador y sacrilego, intruso y tirano. A pesar de que sus costumbres fuesen paganas y viciosas, practicaba sin embargo las ceremonias de la religión judaica.

Pero sacrilego además de tirano, se entrometía, arreglaba y desarreglaba a su gusto el sacerdocio. Aquellos eran pontífices que Herodes quería; y los que por desgracia quería que fuesen, en su mayor parte fueron de la secta de los saduceos. En los días de que venimos hablando debía ser pontífice Simón, a quien Herodes había dado esta dignidad, para que le permitiese casarse con su hija la bellísima *Mariamne* a la que después el mismo Herodes celoso dió la muerte.

Sin embargo, entre tanta abyección como entonces reinaba en el sacerdocio no faltaban sacerdotes rectos y santos. Tal fué Zacarías, casado con una descendiente de Aarón, que era Isabel. Estaban divididos los sacerdotes en veinticuatro clases, que iban turnando en el servicio y culto del templo, por semanas, de sábado a sábado. Zacarías era de la clase de *Abía*.

«Tanto él como Isabel, dice San Lucas, ambos eran justos ante Dios y se conducían en todos los mandamientos y preceptos de Dios como irreprochables. Pero no tenía ningún hijo, porque Isabel era estéril, y los dos de edad avanzada.

»Ocurrió, pues, que una vez que le tocó a él ejercer las funciones sacerdotales ante Dios, según el turno de su clase, le cayó, según la costumbre del sacerdocio, el cargo de entrar en el templo y ofrecer incienso».

Porque entre los sacerdotes de una misma clase se sorteaban los distintos oficios, quién para matar las víctimas, quién para quitar las cenizas del altar, quién para arreglar las lámparas, y así los otros cargos. A Zacarías le tocó este día el de poner incienso. Mientras el pueblo de rodillas estaba orando en el atrio, debía él entrar en el *Santo*, que era una sala separada del vestíbulo por una parte, y del *Sancta Sanctorum* por otra. En el *Sancta Sanctorum* solo

entraba el Sumo Sacerdote. En el *Santo* podían entrar todos los sacerdotes cuando les tocaba algún oficio, como el que entonces tocó a Zacarías de poner incienso. El pueblo quedaba fuera de rodillas en el vestíbulo interior. En este recinto *Santo* estaban en medio el altar de los perfumes, en que cada día se ofrecía incienso a Jehová, al norte de este altar estaba la mesa con los panes de proposición, y al mediodía de él el candelabro de oro de siete brazos.

«Entró, pues, Zacarías a poner incienso y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando. Entonces se le apareció un ángel del Señor de pie a la derecha del altar de los perfumes. Turbóse Zacarías al verlo y el terror lo invadió todo. Pero el ángel le dijo:

»—No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido oída».

Quizás oraba entonces por todo el pueblo, y pedía, según era propio de los sacerdotes, a Jehová que enviase pronto al Mesías, y tal vez oraba también por sus intenciones privadas, y entre ellas para que el Señor le concediese un hijo.

«—Tu esposa, añadió el ángel, te parirá un hijo, y le llamarás Juan. Él será tu gloria y tu alegría: muchos se alegrarán de su nacimiento. Porque será grande a los ojos de Dios. No beberá vino ni sidra, y ya desde el seno de su madre será lleno del Espíritu Santo, y convertirá muchos hijos de Israel a su Dios y Señor. Él precederá delante de Dios con el espíritu y poder de Elías, para renovar en los hijos el espíritu de los padres y traer a los incrédulos a la prudencia de los justos, y preparar así al Señor un pueblo perfecto».

Al oír esto quedó Zacarías perplejo y algo incrédulo, según parece, dijo al ángel:

«—Y ¿por dónde sabré yo eso? porque yo soy viejo, y mi mujer ya tiene bastantes años.

»Y respondió el ángel y dijo:

»—Yo soy Gabriel, que estoy ante Dios, y he sido enviado a ti para darte estas buenas noticias. Pero ahora vas a estar mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda, por no haber creído a mis palabras que se cumplirán a su tiempo.

»A todo esto la plebe estaba aguardando a Zacarías admirada de que se retardase tanto en el templo. Por fin salió,

pero no podía hablarlos. Todos conocieron que había visto alguna visión en el templo. Así se lo indicaba él mismo, pero quedó mudo.

»Cuando pasó el tiempo de su turno, fuese a casa».

Solían los sacerdotes vivir fuera de Jerusalén el tiempo que no tenían que servir en el templo, y según parece, Zacarías debía tener alguna casa de campo en el monte, sea en Hebrón, sea en Juta, sea en otra cualquiera de las villas señaladas a los sacerdotes cerca de Jerusalén.

Allá se retiró Zacarías. A los pocos días concibió Isabel su esposa un hijo, y no se atrevía a salir al público en los cinco primeros meses, diciendo: «Qué gracia me ha hecho el Señor en este tiempo! Se ha dignado libramme del oprobio que pasaba entre los hombres».

21. LA VISITACIÓN

(L. I, 39.)

Cuando María concibió al Hijo de Dios es natural que quedase en contemplación de aquellos misterios bien recordada por algún tiempo en su casa. Pero recordando lo que el ángel le había dicho de su prima Isabel, se levantó a los pocos días y se fué a prisa a la montaña, a la villa de Zacarías.

Iría sin duda con alguna compañía, pues era mujer y muy joven, estaba desposada, y tenía tres o cuatro días de camino y aun el salir fuera de casa una joven desposada podría llamar la atención. La excusaba el motivo justísimo de visitar a su prima en aquellas circunstancias, y lo que ella por el ángel había sabido.

Parece seguro que no la acompañó San José, aunque bien puede ser, y así lo creo, que le hubiese dado noticia de su viaje la Virgen.

No iba María a averiguar lo que ya había creído del ángel y sabía de ciencia certísima, sino a ejercitar la caridad, a visitar y felicitar a su prima, a darle noticia, como a su íntima amiga, como a confidente señalada en cierto modo por el ángel, de su divina maternidad, en fin, a presenciar el nacimiento de su sobrino y servir en él a su prima.